

EL MAESTRO FANÁTICO

EDUARDO ULIBARRI

Ernesto Sábato ha calificado al fanatismo como “la condición más preciosa del creador”. No se trata, en sus palabras, del fanatismo que conduce a la intolerancia, sino de aquel que sirve de acicate para la infatigable búsqueda, la constante dedicación y el inevitable sacrificio.

Carlos Luis Altamirano fue, en este sentido, la encarnación del profesor fanático: una persona que convirtió el acto de enseñar lengua y literatura en un cautivante ejercicio creativo, siempre vivo, renovado e intenso.

A quienes fuimos sus alumnos en “el viejo Liceo de San José”, como le gustaba llamarlo, no nos hacía concesión alguna en la disciplina de las conjugaciones, la morfología, las reglas ortográficas o el uso correcto de las tildes. Pero las tejía con un fino aguijón de gusto por el idioma, de desafíos permanentes a nuestra imaginación, de referencias a autores, frases y conceptos que, desde su voz de registros múltiples y su anatomía de contundencia única, seducían a la vez que convencían.

Gracias a don Carlos don Quijote se convertía en un complejo y apasionante personaje, Macbeth en una gran metá-

fora para indagar en la ambición y el poder, los desmesurados hiperbatones de Góngora en un laboratorio sintáctico y hasta el tedio estilístico de Azorín en un contrapunto de claridad y aseo lingüísticos.

Si, como alguna vez afirmó Paul Valéry, solo leemos bien cuando lo hacemos por algún motivo personal, mi maestro por tres años nos los daba de sobra. Los programas del Ministerio, que en manos de otros eran la encarnación de la rigidez o el tedio, en las suyas se convertían en trampolín para esa su gran tarea, gran pasión y gran acto creativo: enseñar.

Su obra literaria, su poesía promisoría trocada luego en bien provista prosa, constituye un digno territorio en nuestra literatura. Es el camino para que todos lleguemos a él, a sus inquietudes, a su pasión por lo campesino, a su fino oído para el habla, a su lirismo de juventud, a su madurez truncada por la muerte. Pero para sus alumnos, sobre todo aquellos que, como yo, descubrimos libros, abrimos horizontes y alimentamos vocaciones desde su saber, honestidad y ejemplo, el magisterio fue su gran creación, su mayor aporte, su gran fanatismo constructivo. Como lo fue toda su vida.

ESCRITOR Y EDUCADOR, ENAMORADO DEL IDIOMA Y DE SU USO RIGUROSO Y LÚDICO, CARLOS LUIS ALTAMIRANO FALLECIÓ HACE POCOS DÍAS PERO DEJÓ UNA OBRA QUE SE LEE NO SOLO ENTRE SOLAPAS SINO EN LA HERENCIA DE AMOR POR LOS LIBROS QUE DEJÓ EN SUS EXALUMNOS, COMO EDUARDO ULIBARRI. LA NATURALEZA, LOS CAMPESINOS Y EL MAR FUERON OTRAS DE SUS PASIONES QUE SE TRASLUCEN EN RELATOS COMO LOS QUE HOY PUBLICAMOS A MODO DE HOMENAJE.

